

yedra, y nuevos nidos misteriosos, y obscuras frondosidades, hasta que en lo alto del jardín se presenta una visión imprevista : Sierra Nevada, inundada de blancura, soberbia de grandeza, penacho del país del Norte, dominando un paisaje del Mediodía, colocado en el fondo por capricho de la gran Naturaleza, para servir de hermosísimo contraste á una florida llanura.

Comparando con ella el Generalife, sus diminutos jardines, vistos bajo los pies con los patios medio ocultos, parece más pequeño todavía, y como antes acudían á nuestra mente estas preguntas : ¿ Qué misterio tendrá este pequeño palacio ? ¿ Por qué moverá el ensueño, y hará cantar á los poetas, y su nombre será pronunciado dulcemente? No sé; pero creo que, así como hay artistas que del amor hacen poesía ó música ú obra de arte, hubo quien del amor hizo jardines, y fué el artista enamorado que ideó el Generalife.

El es marco de los amores reales, el nido de una raza, feliz un día debajo de los cipreses y luego desterrada de su patria, la verde alcoba de sus blancas ilusiones, jardín de espera anticipado á los cielos del Profeta, ó más bien es el claustro del amor, hoy desierto de sus reyes y sultanas, pero habitado por recuerdos amorosos que le legan su encanto y su poesía.

III

La Alhambra

Cuando llega la noche, guarecidos en nuestra humilde vivienda, y reunidos bajo el quinqué que tiene toda casa bien nacida y regularmente amueblada, por ley de relación sin duda, ó por otra ley cualquiera, es el caso que Utrillo, tomando la palabra concedida de antemano y atentamente escuchada, nos relata lo que, con perdón sea dicho, nunca tuvo interés para nosotros : los cuentos de las mil y una noches.

Explicados por él, en el ambiente árabe que gozamos, se hacen tan comprensibles, que los mismos metafóricos portentos que en otras tierras nos parecen locuras de enfermizas fantasías, aquí se caracterizan y suenan como relatos llevados por el aire que nos rodea. Aquellas mujeres, vestidas de tenues gasas, transformadas en columnas por obra de encantamiento, aquellas lámparas de oro pendiendo solitarias de techos nacarados, en el antro de cámaras misteriosas, aquellas aves con un brillante en la frente, columpiándose en palmeras aromáticas, aquellas fuentes manando fillos de plata sobre tazas de alabastro, aquellos califas dormidos á la sombra de laureles, visionando los cielos de Mahoma, todo aquel parto fantástico de un pueblo imaginativo, poeta y fatalista, parecen sueños gozados á la sombra de la Alhambra, ya que tiene tanta majestad su nombre, y el poder de su abolengo esparce tal aro-

ma de arte, que aquellos cuentos parecen realidades viviendo en esa Granada.

Es la Alhambra una de aquellas pocas obras que señalan la época venturosa en que un pueblo llega á la cúspide de su arte, á la época refinada y decadente que da el fruto maduro de largos siglos de lucha ; es uno de aquellos pocos monumentos que son mojones en la historia, conservados por milagro ; uno de aquellos pocos nombres que tienen fama de augusta belleza definitiva y que significan el esfuerzo, no de un hombre sino de toda una raza, alambicando buen gusto, para llegar á producir esencia de obra maestra.

La Alhambra lo es por dicha nuestra, y no se concibe Granada sin la Alhambra, como España no se concibe, vista desde el extranjero, sin este gran monumento, ya que sin ella habríamos perdido en la geografía artística mucho más que perdiendo una provincia, sin ella y algún otro monumento que aún nos queda por pura casualidad, la mayor parte de hombres de la inteligencia no sabrían que existiéramos, sin ella no tendríamos el libro más delicado y sutil que el hombre ha escrito en letras de arquitectura.

Y digo esto, que parece exagerado y fuera de su lugar, porque muy cerca hemos estado varias veces de perder esta joya inestimable. Dejando aparte á Carlos V, que tuvo á bien edificar un palacio, ni tan sólo concluído, sobre aquellas filigranas, por lo cual se conquistó la execración de todo amante de lo bello, aún dejando aparte los incendios que ha sufrido : hace poquísimos años ; avergüenza decirlo ! aquellas salas y patios, portentos de imagi-

nación y archivo de primores de arte, eran vivienda de gitanos que añadían tabiques á su antojo, derribaban paredes á su gusto y ponían sus pueras manos en aquella blancura immaculada, hollándola innoblemente ; la alberca de los arrayanes dó se bañaban sultanas y donde se bañan las columnas y la torre de Embajadores reflejadas, servía de lavadero á carne de bestia humana ; los extranjeros llevábanse los mosaicos y los estucos, como en país conquistado, y todo el mundo era dueño de aquel precioso tesoro, que por fortuna no sospechaban siquiera, y los pocos que lloraban su ruína eran tratados de locos y de platónicos, como siempre, por los hombres *importantes* de su época.

¡ Pobre Alhambra ! Lo que debía padecer aquellos días, al sentirse herida de muerte por el puñal de la torpeza ! ¡ Qué dolor debieron sufrir sus paredes enfermizas, rasgadas por uñas innobles ! ¡ Qué amargura en su alma de edificio, de sentirse incomprendida y despreciada ! Por fortuna llegaron tiempos mejores para sus males, los maniáticos aquellos fueron por fin escuchados y tuvieron que reparar los mordiscos y patadas de aquella turba de estúpidos. Contreras, como un médico y un padre del edificio, fué vendando sus heridas, cicatrizó aquellas grietas abiertas como rasguños en sus frágiles arabescos, envolvió las columnas con mano cariñosa y compasiva, completó los estucos, hizo correr el agua por las fuentes, devolviéndoles la sangre de las venas, amparóla de la lluvia y dejó la noble Alhambra, sino en el esplendor de antes, digna de la admiración del mundo y en estado de poderse estudiar su armoniosa destructura.

Vista al llegar, sentadas sus grandes torres de ocre sobre el cerro, desnudos sus muros de todo adorno, con sólo pequeños agujeros por ventanas abiertas allá en la altura, nadie podría sospechar que aquellos tristes y sobrios paredones encerraran tan espléndido palacio, á no saber la costumbre de los árabes de enclaustrar sus edificios, de hacerlos mirando hacia adentro, íntimamente floridos á la vida interior y áridamente severos á la mirada del mundo. Desde fuera, aquellas líneas desoladas, aquel aspecto de inexpugnable fortaleza, debían causar espanto y veneración á un pueblo supersticioso, que sabía, detrás de aquellas paredes que no podía cruzar, la existencia de un espléndido tesoro, de un serrallo misterioso, y tenía la sospecha de innumerables bellezas engarzadas en leyendas, que hacían ver al sultán, á los ojos de sus súbditos, como un ser que tenía de Profeta y de fantasma, de Santón y de enigmático, de Rey y de artista incomprendible y la Alhambra un cielo árabe, cerrándole para siempre la puerta de la Justicia.

Hoy la entrada es más fácil (tal vez demasiado) y la emoción es profunda todavía. Se pasa aquella mismísima puerta, maciza, inmensa y solemne; se pasa el primer arco árabe sosteniendo en sus hombros inmensa mole de simétricos ladrillos, con la mano en el centro, emblema de la ley musulmática, recordando los cinco sagrados mandamientos; « Cree en Dios y en el Profeta, ora y ayuna, da á los pobres y encamina tus pasos á la Meca »; se pasa otro arco incrustado de cerámica de esmalte, con la arábiga inscripción de: « Hágalo Dios una potencia defensora », rematada por la imagen de una virgen

pequeña y triste, en aquella masa enorme, y cobijada como golondrina mística en un muro forastero: se pasa la plaza de los Algibes, dejando la Alcazaba á un lado y al opuesto la casa de Carlos V, y por una pequeña puerta se penetra en el palacio de la Alhambra y se encuentra el gran patio de la Alberca.....

La primera impresión que se recibe es deslumbrante. Parece que el alma entra en un gran baño de luz, dentro de una atmósfera de purísima belleza, donde los ojos disfrutan la calma de una sensación suave; la armonía que arroba los sentidos como afinadísima música, la gran calma que arroba la perfección, el reposo y el consuelo que da la obra de arte. Si fuera dable comparar una mujer con una obra arquitectónica, diría que el patio de los Arrayanes es una sultana rubia, vuelta ligeramente morena por el humo del incienso exhalado en el suave pebetero de los siglos. Los muros se parecen al marfil viejo, mate y dorado por la dulzura del tiempo; las columnas diríanse blandones de mármol bruñido por el tacto de suavísimas manos; el pavimento, losas de tumba modeladas por pies descalzos y pintadas por el musgo, y los techos rancias maderas de cedro tersamente quilatadas.

En el fondo del patio, cinco columnas de mármol de Macael sosteniendo siete arcos sutilísimos, la masa inmensa de la torre de Comares, en lo alto, y entre tenues estalactitas geométricas, una ventana en el fondo dividida por ligera columnita, dejando ver á lo lejos un paisaje miniatura; al frente otras columnas con su alta galería entre labradas celosías, y en el centro, entre dos líneas de Arrayanes,

la Alberca que da nombre al patio, reflejándose en sus aguas quietas como diáfano espejo, las columnas, la torre y las paredes del recinto, con todos sus primores y bellezas, temblando en la tersa superficie, rizándose al menor soplo de la más ligera brisa, ondulándose al más levisimo contacto, y formando círculos y espirales geométricos, combinados por modo maravilloso, con los diabólicos dibujos que con cariño reflejan.

La sala del fondo es el salón de Embajadores. Más amplio que los demás, los adornos divididos á grandes masas, el techo de lacería sosteniéndose á altura extraordinaria, es este regio aposento menos femenino que los demás del palacio, más severo, más robusto, aunque no menos primoroso. El grandioso artesonado está tratado á planos entrelazados, los azulejos son de traza sobria y sencilla, las paredes tienen poco relieve, y allí, como en todas partes de la Alhambra, las inscripciones se combinan formando parte del decorado; corren como cintas por los frisos, suben hacia el techo en líneas rectas, se enroscan por los capiteles y penetran en el fondo de los nichos y alambres, cantando las glorias de los Califas, las alabanzas de Dios y las bellezas de la Alhambra, en complicados versos gongorinos, ya que los artistas árabes, privados de reproducir la forma de la figura, suplíanla con lo más noble del hombre: el pensamiento y la poesía, empleados como motivos estéticos, siendo á la vez deleite para los ojos y enseñanza para el alma.

Saliendo de este salón, se pasa una pequeña galería, corredor cobijado bajo ancho alero, y columnitas con capiteles de alabastro; se pasa al « mi-

rador de la reina », torre colgada al pie de la umbría y de la cuesta de los muertos, dominando el Generalife, el Albaicín y el Sacro Monte aplanados á lo lejos; se baja una escalera y, entrando en un pequeño corredor, parecido á la entrada de un panorama, se llega al recinto de los baños.

Son tres salitas pequeñas, abovedadas, recibiendo la luz por agujeros en forma de estrellas, cubiertos de cerámica, abiertos en la bóveda, con sus arcos de mármol sirviendo de alcoba á las bañeras y rodeadas de azulejos; de esos mosaicos de reflejos tornasolados, verdes pálidos y azules descoloridos, negros como esmaltes de Limoges y amarillos cual camafeos romanos, concertados en armónico matrimonio de dibujo y dulce reposo de tonos. En estas raras estancias, que tienen algo de retiro para el descanso del cuerpo, de sótanos y de cúpula, envolvíanse los árabes en el agua que corría transparente, en el incienso perfumado que subía en espirales y entre la claridad discreta; y aquel baño era un culto á la belleza gozado entre los pliegues de aquella capilla íntima, un culto á los sentidos plácidamente voluptuoso. Aún hoy sus ruínas destilan el recuerdo de ese culto y forman un absoluto conjunto, de los más completos, de esta deliciosa casa. El pavimento es de mármol y cada estrella del techo es una estrella de luz rodeada de aureola de colores, que descansa, se escurre pausadamente, pinta y despinta los azulejos, se estira en listas de oro por los muros, y envuelve los baños en baño de diáfana claridad y de luz vaga de sueño, teñidos los muros por aliento de perfumes, bruñido el

mármol por matices de un roce mate, y desprendiendo el ambiente la intimidad de un secreto, hollado por miradas indiscretas.

Desde allí se pasa al patio de Lindaraja. Más que patio, este patio, con sus arcos alrededor del jardín sombreado por naranjos, con sus diminutos jardines, con su hermosísima taza rodeada de cipreses, que materialmente se abrazan, es un claustro de Oriente. No inspira, como los claustros del Norte, con las lomas funerarias por pavimento y las lúgubres capillas en la sombra, la mísera condición de la vida y la espera de la muerte; éste inspira la alegría inconsciente de las flores, la paz de la existencia deslizándose sin estorbo el pensamiento, la dulcísima vaguedad de una vida risueñamente fatalista que no se turba ahondando el corazón de la criatura humana. El cielo es más azul que en otras partes, los árboles se visten de verdura, sin esfuerzo; los mismos severos cipreses no se plegan sobre sí mismos como tienen por costumbre; aquí se ensanchan y abren los nervudos brazos al aire que los orea cariñoso, y todo sonríe al hombre y le invita á la plácida dulzura del goce contemplativo.

A poca altura, dominando este jardín, hay un pequeño mirador, lugar íntimo de los más deliciosos de este alcázar. Sus muros desaparecen detrás de una tracería de calados prodigiosos, del techo baja la luz mitigada y colorida por vidrios que sirven de bóveda, y canta la inscripción de los frisos su hermosura en estos términos: « Cada una de las artes me ha enriquecido con su especial belleza y dotado de su esplendor y perfecciones. Aquel que me ve, juzgue por mí la hermosura de la esposa que

apeteció espléndidas galas y consiguió lo que pedía. — Cuando el que me mira, contempla atentamente mi hermosura, engaña la mirada de sus ojos con una apariencia. — Pues al mirar á mi espléndido fondo, cree que la luna llena tiene aquí fija su morada, habiendo abandonado sus mansiones por las mías. « No estoy sola, pues desde aquí contemplo un jardín admirable. Cosa semejante no vieron jamás los ojos... » Y ese jardín, es el jardín de Lindajara, que lo mira por un lado, mientras que por el opuesto, á través de la cueva de estalactitas que pende del salón de las dos hermanas, se divisa como un sueño el patio de los Leones.

Inútil é imposible es describir este patio. Es una de aquellas obras perfectas que, á fuerza de ser cantada su hermosura, han pasado á ser comprendidas por el vulgo, á ser patrimonio de todos y molde esparcido de torpes imitaciones. Sin embargo, lo que no podrá jamás copiarse, es la dignidad entre femenino y aristocrática que se desprende de su conjunto inimitable; aquel postrer modelado, que es como el soplo del genio acariciando la obra al firmarla, aquel perfecto equilibrio que es la afinación suprema de toda obra maestra. Rodeado el patio de columnas, en fila, en grupos, en perspectiva, solitarias ó en parejas; abierta en ella la sala de Abencerrajes, portento de primores, mirándose con su rival en belleza; teniendo al frente la sala de la Justicia, con sus curvas de arcadas prodigiosas, y otras salas y más artesonados y arabescos, guarda en el centro y sirve de marco á la fuente celebrada, cuya « líquida plata, corriendo entre las joyas, no tiene semejante en belleza por su blancura

y transparencia », « cuya agua se confunde con el mármol, sin saber cual de los dos se desliza »... « á semejanza de un amante, cuyos párpados están henchidos de lágrimas » ; marco de una fuente que mana la inspiración de todo un pueblo sutilmente refinado y profundamente artista: de una fuente que fué *mirhab* del Occidente y punto de conjunción de una cultura que ha muerto.

Aún pueden admirarse otros patios y otras salas todas ellas cuajadas de arabescos, todas ellas cubiertas de finísimos encajes, todas ellas ¡ vacías ! En este arcón primoroso, el ánimo encuentra á faltar el contenido : los muebles, los tapices, las lámparas pendiendo de las bóvedas de estalactitas, los jarrones de metálicos reflejos, los árabes como nota blanca armonizando en aquel fondo de oro. La Alhambra parece un objeto de museo sirviéndose á sí propia de museo, una joya á la intemperie sufriendo la inclemencia de la lluvia, un palacio tristemente abandonado por sus dueños. Se la cuida como se cuida un ilustre enfermo forastero, se le mima por los productos morales que reporta su buen nombre, se la enseña como objeto curioso ; pero falta en sus ámbitos el calor que mantenían sus creadores, el cariño de sus padres cariñosos, el amor á sus lares que hizo brotar lágrimas á Boabdil, al ver alejarse la silueta y sentirse desterrado de su soñadora Alhambra.

IV

El barrio de los gitanos

Hacia algunos días que en espíritu vivíamos la vida de la Alhambra, que nos batíamos tratando de interpretar sus arabescos y éramos siempre vencidos, que aspirábamos su ambiente é impregnábamos la luz que despiden aquellos patios portentosos y gozábamos la augusta tranquilidad de aquellas desiertas salas, poblándolas con el pensamiento de huríes bebiendo en las fuentes, de califas cruzando como blancas fantasmas misteriosas, de sultanas entrevistas detrás de las celosías, cuando escena imprevista despertónos de nuestros viajes por las nubes del ensueño, volviéndonos brutalmente á la vida real y antipática de las cosas terrenales.

Tenía lugar en la Alhambra espectáculo inusitado. Por el patio de la Alberca cruzaban hombres, llevando cestos repletos de platos y copas ; el maravilloso estanque, acostumbrado á reflejar columnas de mármol y primorosos arabescos, reflejaba camareros que entraban y salían, azorados; los carpinteros golpeaban á martillazo limpio, haciendo crugir los nervios de los sutiles machones, y en la torre de Comares preparábase una mesa á todo gasto, con las prisas de una improvisación que pasaba los límites de lo urgente.

Sí, aunque sea triste cosa confesar los anacronismos de nuestra pobre nación, en el salón del gran